

**CRISTIÁN TROUVÉ**



**CRUELES**

**MAXBROD** 

**Cruelles**

CRUELES

C. TROUVÉ

**Editorial**

**Maxbrod**



**Trouvé, Cristián Pablo**  
**Cruelles / Cristián Pablo Trouvé. - 1a ed. - Loma Verde,**  
**Escobar : Cristián Pablo Trouvé, 2016.**  
**128 p. ; 18 x 13 cm. - (#CNTS ; 1)**

**ISBN 978-987-42-0411-0**

**1. Literatura. 2. Cuentos. 3. Cuentos Fantásticos. I. Título.**  
**CDD A863**

Ilustración de tapa: Fragmento de Flora (1592), Giuseppe Arcimboldo.

Serie #CNTS

Cruelles

Cristián Trouvé

Editorial Maxbrod

Congreve 2082, Loma Verde, Escobar. Pcia. de Bs. As.




Argentina. CP: 1625

1ª edición: junio de 2016

ISBN 978-987-42-411-0

Impreso en Argentina

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

 [facebook.com.ar/Maxbrod](https://facebook.com.ar/Maxbrod)  
 [editorialmaxbrod@gmail.com](mailto:editorialmaxbrod@gmail.com)  
 54-0348-15-4565355



## **El Dragón y su furia**

*La venganza eterniza los odios.*

Confucio

**E**n una gran roca, protegido de las llamas, lograba ver la cresta del Dragón. La nauseabunda pestilencia proveniente del Dragón llegaba hasta él. No es que le faltara experiencia en cuestión de dragones pero éste olía espantosamente. Una mezcla de hedor, combustión, líquenes y musgos chamuscados llegaba hasta muy adentro de su nariz. Luchar contra dragones suele ser una tarea muy difícil; son imprevisibles para la lógica del hombre. Son impulsivos y frívolos, lo que los hace doblemente peligrosos.

Dragones los hay de todos los gustos y colores. Están los que vuelan, los que nadan, los que arrojan fuego, los que comen carne, los herbívoros que pastorean, los que parecen serpientes, los pequeños —como iguanas— o los gigantes, así como los

hay domesticados o salvajes; de este último caso nos ocuparemos.

En general, el Dragón Sat habita montañas, cerros y volcanes en calma. Tratándose de este tipo de dragones, lo aconsejable es enfrentarlos en su propio hábitat. Perseguir a un Sat en una zona llana es como condimentarse y lanzarse a sus fauces.

Otra llamarada, escupida por el Sat, calentó la roca en la que se refugiaba el monje. Se alejó unos centímetros y se tapó la nariz. Lo fétido del aliento le molestaba más que el fuego de sus fauces.

Las llamaradas del Dragón Sat duran cinco segundos, luego hay casi dos minutos hasta la próxima flama. Es menester contar las llamaradas dado que rondando la doceava es cuando tarda hasta diez minutos en recomponer su capacidad de fue-



go. Los dragones Sat recibieron este nombre porque se los consideraba protectores del octavo manuscrito, un libro sagrado. Según su etimología, Sat significa “guardián del octavo precepto”. Pero la verdad es que hace miles de años que los dragones Sat protegen manuscritos apócrifos. Y nuestro cazador se encomendaba al loado para cumplir su tarea por la verdad.

El aire viciado no lo dejaba respirar, el monje sectario se inclinó hasta el suelo y jadeando inspiró sosegadamente. El Dragón tenía los ojos inyectados en sangre, su furia se estaba desatando.

Cuando la Secta descubre un enemigo en la geografía cercana, allí un monje se aventura. Dragones Sat hay pocos pero son fácilmente reconocibles ya que poseen un gigantesco rubí incrustado en el pecho. Todas las piedras preciosas de

los dragones son falsas, burdas imitaciones, una estafa de un antiguo socio que, además de trocarles todas las piedras del tesoro (rubíes, esmeraldas y zafiros), les hubo de cambiar los manuscritos sagrados.

Una llama malaventurada le estaba chamuscando la sotana al monje sectario. Sacudió su hábito y el fuego cesó. Puso el escudo sobre su espalda y enfundó la “invencible”, siempre de gran utilidad. Al contacto con la piedra, su escudo se tornó de una contextura y un color rocoso. Los dragones son bastantes miopes y, aunque tengan buen olfato, se los puede engañar con un simple truco.

Sat sacudió la cabeza, buscándolo con sus ojos mórbidos y fríos; erguido, agitó sus alas y tomó una altura apreciable. Desde arriba tendría mejor panorama. Su olfato no lo engañaba, sabía que en

algún lugar se escondía el monje. Tomó distancia esperando cargar nuevas llamaradas.

Entonces el monje cazador, viéndolo elevado, bajó su escudo, se incorporó y, mirándolo fijamente a los ojos, le gritó: “¡Lagarto!”.

La repuesta no fue inmediata, Sat quebró las cejas, frunció el ceño y sus ojos ardieron fulgurantes. Los orificios de su nariz se arquearon mientras un humo espeso y renegrado se esparcía por los aires. Y se lanzó sobre el enemigo, piedra mediante, con intenciones de aplastarlo. Rápido, el monje sectario saltó y se arrojó entre dos rocas. El esplendor del rubí se precipitaba sobre él y estuvo a punto de dejarlo atónito; sin embargo desenfundó la “invencible”, clavó el mango sobre la tierra y rodó hacia el otro costado. El estruendo de la gema contra las rocas sedimentadas fue impresio-

nante. La “invencible” chirrió contra el rubí y se clavó a un costado de este, en la escamosa piel del Dragón. El Sat meneó la cabeza de un lado a otro con una irritación rabiosa y tomó altura otra vez, con la espada clavada en el pecho.

Desde el suelo, el monje estiró la mano y chistó, e inmediatamente la espada retornó a su dueño. Empuñando la “invencible” se incorporó y corrió dando grandes zancadas buscando llevar al Dragón hacia un lugar más pedregoso.

La ladera opuesta de la montaña poseía grandes grutas, allí se aventuraba. Sat lo acechaba con la mirada. Había tomado altura y lo dejaba correr. Se sabía herido, la bronca lo embargaba junto al temor; la “invencible” le infundía respeto.

Ya estaba vencida su arrogancia, cuestión importante para triunfar en la batalla contra un Sat. Como grito de guerra lanzó tres llamaradas al aire causando el espanto en una bandada de aves que cruzaba el cielo. Hubo una llamarada de corta expansión y de un tono azulado. La variación del color le indicó al monje hedónico la llamarada número doce. A partir de este momento tenía diez minutos sin fuego de Dragón.

Sat se encontraba distante y el cazador preparó su contraataque. Encontró una cueva con dos entradas que se comunicaban. Resguardó el escudo en el interior del túnel para que no le estorbara. Luego se agazapó entre unas rocas a cielo abierto. Ahí, agitando los brazos como quien pide auxilio, lo esperó.

Pronto divisó su cresta, su faringe reseca, sus alas simpáticas, y ya se le aparecía entero cercano al túnel. Todavía poseía tiempo suficiente para amedrentarlo.

Aunque caracterizado como criminal, un cazador de dragones se enfrenta con su destino en cada pelea; la lucha entre un Dragón y un monje hedónico es innata. Los dragones Sat no defienden territorios pero perseguirán hasta el fin del mundo a quien ose darle muerte a un congénere draconiano.

Reconociendo al enemigo por su especie, los dragones intentan matar al hombre que se cruce en su camino. Varios profetas de la secta sostienen que existe una relación entre los dioses oscuros y los dragones. Su lentitud terrestre no debe confundirse con parsimonia en el aire: a pesar de su

aparatoso estructura y de sus pequeñas alas, en el aire los Sat son animales sagaces.

Echando humo con la nariz arqueada, Sat se acercaba dispuesto a calcinar al monje en una sola deflagración. A vuelo rapaz, pasó sobre su cabeza, subió en una voltereta y, haciendo un giro, arqueó el cráneo y ensayó una llamarada. Sus reiterados intentos fueron en vano.

El monje cazador tomó una piedra formada por antiguas lavas ardientes provenientes del volcán y se la lanzó haciendo rechinar el rubí, que destelló y cautivó por un instante al monje: típica trampa de serpiente.

Sat se arrojó sobre él. Hasta donde sus pasos alcanzaban, el monje corrió e ingresó a la cueva. Sat se estrelló contra la entrada y el temblor hizo

caer al cazador. Intrépido, el monje se desprendió de sus atuendos y se aventuró hacia la otra entrada. Mientras percibiera el olor de la sotana, Sat seguiría distraído, despidiendo falsas llamaradas, ingresando más y más en la caverna.

El brillo de la “invencible” iluminaba blanquecinamente la oscuridad de la gruta; detrás de la curva se encontraba el ojo de luz.

El momento culminante se encontraba a disposición. El cazador era consciente de que si fallaba encontraría una muerte segura. Sin sotana ni escudo era totalmente vulnerable a cualquier llamarada. Salió de la cueva por la segunda entrada y con sigilo se acercó al Dragón. Sat había insertado su cabeza en la cueva, la altura del rubí le dejaba las patas en el aire; se balanceaba dulcemente moviendo la cola y agitando las alas algo nervio-



sas. El falso rubí, saliéndosele, parecía su ombligo a modo de émbolo.

El cazador hedónico trepó a una piedra, levantó la espada y se lanzó contra el Dragón. Aunque la lucha fuera despiadada, es menester que así sea. El Dragón nunca se apiadaría de él, bajo ninguna circunstancia. Un chasquido se escuchó a lo lejos mientras con la “invencible” cortaba un ala del Dragón. El cuello del Dragón parecía haber entrado exactamente en el orificio de la cueva, tanto que el cierre resultaba hermético. Pronto el monje escuchó gemidos de dragones Sat, que provenían de la cima del volcán. Enfrentarse a más de un Sat, estando desnudo y sin escudo era algo que no se podía permitir. Además, el lapso de fognazos había transcurrido. Tenía una sola oportunidad de supervivencia y era refugiarse en la cueva antes

de que apareciera el otro Dragón. Luego idearía algún plan para derrotarlos.

Tomó la “invencible”, aunque ella se negaba, cosa que le pareció hartó sospechosa, puesto que su espada siempre había tenido la capacidad para intuir el peligro inminente, y se precipitó hacia la entrada a la cueva. Mientras se acercaba, los furiosos gemidos del Dragón se hacían más intensos. A dos pasos de la entrada, se dio cuenta. Dudó, giró, y un calor fulgurante se abrió paso entre el aire contaminado que despedía la cueva.

Sus dudas se disiparon cuando Sat logró zafarse del orificio que lo contenía. Lamentó su estupidez, e ingresó a la cueva pensando que acababa de perder su mejor oportunidad. Al pasar la curva, el hedor de las fauces dragónicas se hizo más inten-

so. Localizó el escudo e inmediatamente se vistió con los restos chamuscados de la sotana. El ataque del Dragón ahora podía venir por cualquiera de las dos entradas. Previendo que Sat no conociera la otra, se quedó en la primera. Con la espada afirmó el escudo al suelo a modo de veleta: esto lo protegería de una llamarada del norte o del sur.

Había logrado lacerar al Dragón, pero solo lo suficiente para violentarlo al máximo. El clima cálido de la cueva se había disipado. El rumor del viento corría por los túneles; afuera, absolutamente nada se escuchaba. La situación se había dado vuelta como una tortilla. Ahora Sat corría con todas las ventajas, a él le tocaba su turno en el combate, tenía a su enemigo acorralado y había recargado su docena de propulsiones flamígeras. Al monje solo le restaba esperar.

El monje se ubicó en la unión de las entradas: había un tercer camino que ascendía. El camino curvado menguaría la potencia del fuego. La otra entrada le permitiría controlar si el Dragón se acercaba. Lo seducía hondamente aventurarse hasta la salida para ver dónde estaba la bestia. Existía la posibilidad de salir a hacerle frente si fuese necesario. También podía aventurarse hacia adentro de la cueva buscando una salida alternativa. De las dos opciones le resultaba más acertada la de esperar los doce fogonazos lanzados al azar y salir, espada mediante, a enfrentar al Dragón. Adentrarse en la montaña, más específicamente en el volcán, podía ser muy peligroso, ya que en los oscuros intestinos volcánicos viven seres de la oscuridad poco conocidos por la curia hedónica.

Cuando el Dragón se había atascado, su gemido se prolongó por los túneles de la cueva, hasta el centro mismo del volcán para emerger por su boca. De allí que llegaran hasta los oídos del cazador gemidos de lejanos dragones. El eco y el viento habían jugado en favor del Dragón.

Al monje lo dispó de sus abstracciones el aliento del Dragón, que sin permiso zambulló sus narices en el orificio de la segunda entrada y despidió el contenido de sus fauces con una violencia inusitada.

El monje alcanzó a esconderse tras el escudo, que mantuvo firme con los pies. La verdad es que se sentía bastante cómodo en esa posición, después de haber luchado tan ferozmente. Cuando el aire todavía sofocaba, escuchó la risa del Dragón en dirección a la otra entrada. Sin esperar más, se

zambulló por el pasillo mientras las llamas trataban de alcanzarlo. Como los dragones son tan frívolos como ingenuos, la sorpresa de escuchar la risa del Dragón con cierta picardía, le causó tanta gracia, que, yendo y viniendo entre las llamas, se desternilló de risa. Pensó: “¡Qué Dragón idiota, teniendo la oportunidad de prenderme fuego, no puede contener la risa!”. De alguna manera, el Dragón escuchó su risa, porque recommenzó sus carcajadas.

La risa del Sat es muy contagiosa, tiene como dos tonos, uno grave que es el más potente y otro simultaneo que, sin llegar a perderse, es muy agudo y tiene una frecuencia más alta. Así continuó con la risotada.

Los dragones, especialmente los Sat, pueden llegar a estar cientos de años sin reír pero, cuando

les ataca por reírse, pueden estar siglos haciéndolo. No faltaba la posibilidad de que la risa fuera una celada. Lo cierto es que, en cuanto la risa se lo permitió, el monje comenzó a juntar sus cosas y a avanzar hacia la salida. La risa no dejaba al Dragón casi ni respirar así que, por lo pronto, poco se preocuparía por sus llamaradas. El problema era caminar con semejante ataque de risa. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, el monje logró escalar el túnel de salida. Cuando salió por la cima del volcán vio al Dragón, panza arriba, revoleando las patas, riendo y echando humo, y no pudo soportar más. Se tiró sobre el Dragón y le clavó la espada en una pata. El rebote de la caída lo arrojó al suelo. Soltó el escudo, y se tiró al piso a reírse. Con los puños golpeaba el pasto, pero su boca todavía no emitía sonido alguno.

El Dragón reaccionó, giró la cabeza, arqueó brutalmente la nariz, y comenzó a reírse otra vez. Entonces el monje de la secta hedónica que nunca reía (la risa estaba prohibida entre adultos por ser una ofensa a Dios), sintió el placer de la risa en cada uno de sus poros. Su energía estaba totalmente concentrada en reírse. Tan solo saber que el Dragón estaba al lado suyo revoleando las patas, panza arriba piedra al aire, le causaba tanta gracia, que no podía ni siquiera tomar conciencia de que su suerte estaba echada. El monje cazador moriría de sed, inanición y calambres mucho antes que el Sat terminara de ejercitar la mandíbula...

\*



## **Serie #CNTS**

- 1. Crueles, 128 páginas. Rojo.**
- 2. Fantásticos, 112 páginas. Azul.**
- 3. Jurídicos, 112 páginas. Verde.**
- 4. Breves, 112 páginas. Violeta.**
- 5. Bucólicos, 128 páginas. Amarillo.**
- 6. Futuristas, 96 páginas. Rosa.**

## Índice

Un choclo podrido	p. 11
Malicia en el país de las maravillas	p. 27
El despertar de la criada	p. 61
El Dragón y su furia	p. 69
Sueño de un Nietzsche de verano	p. 91

# Crueles

El título resume el tópico principal recorrido por los textos que componen este libro: “Un choco podrido”, “Malicia en el país de las maravillas”, “El despertar de la criada”, “El Dragón y su furia” y “Sueño de un Nietzsche de verano”.

Sus narradores comparten miradas parciales sobre el ideal de belleza. El racismo irrumpe en el hombre de ciudad. El cuerpo de la bella durmiente. El pánico a la muerte adquiere forma moderna: el miedo a los virus. Hay un mundo inventado donde tiene nombre una espada. La brutalidad invade como una actitud socialmente aceptada.

El estereotipo halla un campo fértil en la textura de estas letras.

## Serie #CNTS



ISBN Serie #CNTS 978-950-12585-235  
ISBN Crueles 978-952-22454-956

**MAXBROD**  **EDICIONES**

